

LEER A MARIA ZAMBRANO

UNA mañana de fines del 78 entré a una librería de la calle Muntaner, en Barcelona. En la mesa de novedades vi un título —*Claros del bosque*— que prometía escaparse de la novedad y un nombre que entonces me era totalmente desconocido. Sólo recuerdo de aquella mañana el rectángulo de la portada y la foto del bosque pero debió ser una de esas mañanas diáfanas que propician descubrimientos y “distracciones” fundamentales. Cuando terminé de leer aquel libro, creí que me había convertido en otra persona; no era eso, sin embargo, sino esto: había rescatado de mí misma una zona largamente oscurecida por las concesiones y el afán de posesión. Después, *El sueño creador*, *El hombre y lo divino*, *La tumba de Antígona* y los otros textos profundizarían esa zona, acentuarían la “devolución”. Las palabras de María Zambrano actúan justamente como una devolución, como una oportunidad para “empezar de nuevo” a partir del lugar y el tiempo en que nos dejamos a nosotros mismos, en que nos “abandonamos”. La valoración de su pensamiento —tan *propio* y *original* (en el sentido más hondo esta mal usada palabra)— resulta inseparable del tipo de camino que ese pensamiento abre en quien lo conoce. La valoración específica requeriría muchas páginas; además, sobraría tiempo para realizarla: su obra —comparable a la de San Juan de la Cruz o a la de Santa Teresa— no es, por cierto, una obra mortal.

Más que analizar o explicar esa obra, es necesario, —simplemente— leerla. El mejor homenaje a María Zambrano con-

siste en acercarse a sus palabras o, en todo caso, en estimular en otros ese acercamiento. ¿Por qué explicar y parafrasear una obra que, es si sabemos llegar a ella, tan clara? No se la puede leer como normalmente se leen las novelas o como suelen leerse —con esa atención voluntarista— los textos filosóficos. No hay que forzar ninguna actitud sino *estar* en una disposición. Si no nos acercamos en un estado de serenidad y de limpieza anímica, la obra permanecerá inaccesible. Hay que leerla lejos del nublado clima de concesiones en que habitualmente se desgaja nuestra vida, lejos del ánimo enturbiado por atenciones superfluas. No se trata, desde luego, de ningún texto críptico: Eso sería fácil de resolver mediante atención y conocimiento de códigos. Se trata de estar dispuesto (“ligero de equipaje”) como para incorporarse a un fluir de pensamiento y a una impregnación de sensibilidad. Es como adecuarse a la música. No a una música determinada ni a cualquier música en general, no a una técnica sucesión de notas sino *exactamente* a eso que llevó al hombre a crear la música.

No hay una sola palabra de “relleno” (decorativo, funcional, seductor, estilístico, etcétera) en las palabras de María Zambrano. Y no sucede esto por artificial omisión, por razones de perfeccionamiento meramente formal: ese estado de excepción que cada uno de nosotros debe lograr alejando nieblas de toda índole es *inherente* a ella. Su obra no está artesanal y voluntariamente “construida”: ha sido, digamos, segregada. Hay trabajo, sin duda, pero se trata de un trabajo permanente y “natural”. Es una actividad como la del tiempo o la de la mirada. No es la sombra de ningún ocio porque no hay ocio o porque, en todo caso, el ocio es el mismo trabajo. No hay voluntarismo pero tampoco, desde luego, pereza: es una mirada que crea mientras mira. Una mirada que no se pervierte al mirar y, por lo tanto, no pervierte lo mirado. No es una mirada fija sino *quieta*.

La mejor literatura de este siglo contiene los frutos concretos de ese tipo de mirada: esa poesía y esa novela en que los personajes ambulan enceguecidos por los objetos que flotan en la luz. La literatura transmite un mundo particular percibido de esa manera y, para que a su vez el lector lo perciba, se requieren procedimientos técnicos. Pero María Zambrano habla

del mirar, de una mirada total sobre todo el universo; su "objeto" es, en todo caso, el universo. Habla de cómo y por qué el hombre es capaz de percibir, aunque sólo por momentos, "la realidad en estado de ser".

Esa mirada se ha detenido, iluminando, sobre la piedad, los dioses, la tragedia griega, las ruinas, el amor, la literatura española, los místicos españoles, la guerra civil ("el drama de España"), la poesía, la evolución filosófica contemporánea, el tiempo. Es una mirada que participa naturalmente de todas las formas del tiempo, que no lo captura ni lo ignora: se incorpora a él pero mirándolo y describiendo a la vez la mirada y la unión. No debe existir ninguna otra obra en que el amanecer y la luz aparezcan con toda su belleza y su significado. Sobre esto, María Zambrano ha dicho lo que humanamente resulta imposible decir. Quizá puede ser transmitido a través del arte pero no dicho, explicitado, pronunciado en el momento y el modo en que se produce. Sin cifras, técnicas ni "mediación". María Zambrano *sabe todo*: libre en su bosque, descubrió todo y, piadosamente, lo transmite. Por eso su obra procura una verdadera experiencia originaria. En la noche permanente de la vida repleta de concesiones que hemos conseguido, su obra abre claros. Lo hace, por supuesto, en el momento menos previsible. Antes de María Zambrano había una sola lucidez posible: la nocturna. Y una sola plenitud: la del vacío. El hombre "roto" y sometido puede nacer de nuevo. Sus palabras "devuelven" otra clase de horizonte: amanecer, despertar, nacimiento, vivir (no la mera vida "dada"). Después de leer su obra, se abre un camino personal —sin fin— *de la noche a la mañana*.

—o0o—

1.

En la noche colmada de lluvia, libros y amigos se derrumban y evaporan. La lluvia cae sobre un mundo deshabitado. No arrastra ensoñaciones ni rumores familiares. Retumba en el interior de la caverna y amplifica el paso del tiempo. La única luz proviene de la lluvia: en el vértigo de esa luz, puedo quizá entender todo (o algo, por primera vez) pero da miedo entenderlo en este espacio sin paisajes. El resplandor fugaz de mis actos, quebrado por la lluvia, me es ajeno y prescindible. Pero sospecho que una sonrisa sin fin contempla el espectácu-

lo sabiendo que pronto concluirá; que la lluvia disminuye, los objetos recobran su color y los minutos afianzan su continuidad cómoda y mortal.

No es una rajadura en el tiempo sucesivo. Es la rajadura que permite ver la sucesión del tiempo. El amanecer, el mediodía y la felicidad interrumpen esa sucesión —visión efímera de lo que nunca acaba—, pero ésta es la eternidad de lo que siempre muere.

2.

La misma lluvia forma ahora, lejos de aquí, un torrente de hojas frescas. Desplazamiento: el tiempo ofrece sus pliegues, uno después de otro, para la comodidad de lo ficticio. En los pliegues del tiempo se oculta la eternidad de lo que vive. Llamamos engañosamente vida a la sucesión desprolija de erupciones, destellos y remiendos en ese plegar y desplegar: el amor va y viene de un estado a otro, y llamamos desgarramiento a esa oscilación.

En el aire que las últimas agujas de los pinos hacen visible, la infinitud de lo que vive no se define por contraste. En lo más alto de los árboles de la infancia (en todos los árboles de cualquier infancia), circula ese aire visible que luego desciende adherido a las arrugas del tronco y desaparece. El amanecer recobra aquella altura de los árboles de la infancia.

—Permitir al día un amanecer aliviado de nosotros, desplegado en el tiempo.

En la mañana que sube, el yo moderno y vacilante, enamorado de dioses antiguos, sabe que pronto tendrá que hacer contorsiones ante los amigos de corazón frío. Pero todo roza sin peligro el cuerpo mortal, mientras también el amor sube. No hay ahora nada que abrume ni que exalte. No hay todavía un solo equívoco. La mañana, que antes de los ruidos y los adornos vuelve a ser una cualidad de la infancia, me entrega la certeza de un amigo perfecto en algún lugar.

6.

La luz restituye y desampara. ¿Concentración que se difunde o extensión que se eleva? ¿Surge de lo húmedo o se abre paso despejando hojas en lo frondoso? Vemos el todo y también la distancia que nos separa de todo: somos claros (y aler-

tas) en la noche y oscuros y débiles al amanecer. Pensativos sin necesidad de pensar. Siempre hay algo que *recoger* en lo alto de la mañana, algo que reunir en el desvalimiento de lo sereno: sólo la serenidad permite recibir. Pero el ojo al fin se acostumbra a la separación —el espacio es aire tierno que irradia la mañana— cavada entre los objetos. El ojo absorbe franjas de verde, azul y arena y devuelve a lo lejos la imagen de un balcón de helechos recostado sobre el mar o de una laguna estremecida por la bruma.

8.

Se apaga la voz de los eternos dialogantes nocturnos y, en el bar abandonado, avenidas de botellas polvorientas avanzan sobre el umbral. Un grupo de melómanos perdidos en la noche espera, con los ojos en blanco, el primer tren de la mañana. Todavía no se ha restablecido el horizonte pero las islas deben sentarse otra vez, como cada amanecer, sobre sus discos de agua. El ciclista titubea al apoyar la bota sin brillo sobre el pedal. Todos titubean: los amantes son los únicos en desconocer alborozadamente su propio rostro. A todos les gustaría correr hasta el abismo donde los retazos de luz se funden como música, pero no todos pueden.

10.

En el aire pleno de los domingos vuelve el niño que se adormece bajo los aromos oyendo caer a su lado, como hojas pesadas, las piñas secas y ya vacías. No habla. Palpa las roturas del tiempo en la piel de las orugas y de los árboles y en las flores frías del amanecer. No habla, pero construye desde entonces una casa que aparece y desaparece bajo cielos distintos o bajo un solo cielo quebrado en matices como un mosaico.

No habla. Pero construye desde entonces una casa de aire, que reaparece cuando —en mañanas de domingo— el cielo participa del cielo único y deja ver, detrás del haz de matices, el color del primer día.